

Hay cosas que son responsabilidad nuestra y no se las podemos pasar a Dios. Si tenemos un problema con nuestro hermano, con nuestra mujer o marido o con los hijos no hay razón para “espiritualizarlo”. No es algo que Dios nos envíe para probarnos. Tampoco hay por qué acudir a Dios para que nos lo solucione. Dios nos ha hecho libres, responsables y hermanos. ¿Qué más queremos? En nuestras manos está el enfrentar los problemas que encontremos. Y darles la solución más adecuada. No es Dios árbitro que dé soluciones, sino Padre cariñoso que nos acompaña a la hora de buscar soluciones y tomar decisiones.



Ecl 1,2-2,21-23

¡Pura ilusión!, decía Qohelet, ¡Pura ilusión, todo es ilusión! Después de haber trabajado con inteligencia, sabiduría y habilidad, uno tiene que dejárselo todo a otro que nada ha hecho. ¡Muy pésimo negocio es ése: todo se nos escapa! ¿Cómo gozará el hombre de todo aquello por lo cual ha trabajado bajo el sol, en medio de tantas fatigas y preocupaciones? Pues todos sus días han sido penosos, a tal punto que perdía el sueño y aún de noche su corazón no descansaba. Eso es algo que no tiene sentido.

Col 3,1-5-9-11

Si han sido resucitados con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Preocúpense por las cosas de arriba, no por las de la tierra. Pues han muerto, y su vida está ahora escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste el que es nuestra vida, también ustedes se verán con él en la gloria. Por tanto, hagan morir en ustedes lo que es “terrenal”, es decir, libertinaje, impureza, pasión desordenada, malos deseos y el amor al dinero, que es una manera de servir a los ídolos. (...) No se mientan unos a otros: ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus vicios y se vistieron del hombre nuevo que no cesa de renovarse a la imagen de su Creador hasta alcanzar el perfecto conocimiento. Ahí no se hace distinción entre judío y griego, circunciso e incircunciso, esclavo o libre, sino que Cristo es todo en todos.

Lc 12,13-21

Uno de entre la gente pidió a Jesús: “Maestro, dile a mi hermano que me dé mi parte de la herencia.” Le contestó: “Amigo, ¿quién me ha nombrado juez o partidador de herencias?” Después dijo a la gente: “Eviten con gran cuidado toda clase de codicia, porque aunque uno lo tenga todo, no son sus posesiones las que le dan vida.”

A continuación les propuso este ejemplo: “Había un hombre rico, al que sus campos le habían producido mucho. Pensaba: «¿Qué voy a hacer? No tengo dónde guardar mis cosechas.» Y se dijo: «Haré lo siguiente: echaré abajo mis graneros y construiré otros más grandes; allí amontonaré todo mi trigo, todas mis reservas. Entonces yo conmigo hablaré: Alma mía, tienes aquí muchas cosas guardadas para muchos años; descansa, come, bebe, pásalo bien.» Pero Dios le dijo: «¡Pobre loco! Esta misma noche te van a reclamar el alma. ¿Quién se quedará con lo que has preparado?» Esto vale para toda persona que amontona para sí misma, en vez de acumular para Dios.”

TIEMPO ORDINARIO
18ª Semana

San Eusebio de Vercelli

Jer 28,1-17 Mt 14,13-21

En nuestro mundo está de moda sentir compasión. Hay muchos voluntarios que prestan un poco de su tiempo al servicio de los demás. Hay muchas formas de compartir con los que lo necesitan algo de lo que nos sobra.

Continuamente se organizan eventos deportivos y conciertos a beneficio avalados incluso por algunas empresas importantes. Está bien. Pero el cristiano tiene que ir más allá. No se trata de dar de lo que nos sobra sino de compartir lo que tenemos. Como en el evangelio de hoy en el que todos comparten lo poco que tienen. Y ése es el milagro: alcanza para todos.

Al conocer la noticia de la muerte de Juan el Bautista, Jesús se alejó discretamente de allí en una barca y fue a un lugar despoblado. Pero la gente lo supo y en seguida lo siguieron por tierra desde sus pueblos. Al desembarcar Jesús y encontrarse con tan gran gentío, sintió compasión de ellos y sanó a sus enfermos.

Cuando ya caía la tarde, sus discípulos se le acercaron, diciendo: "Estamos en un lugar despoblado y ya ha pasado la hora. Despide a esta gente para que se vayan a las aldeas y se compren algo de comer."

Pero Jesús les dijo: "No tienen por qué irse; denles ustedes de comer." Ellos respondieron: "Aquí sólo tenemos cinco panes y dos pescados". Jesús les dijo: "Tráiganmelos para acá."

Y mandó a la gente que se sentara en el pasto. Tomó los cinco panes y los dos pescados, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los entregó a los discípulos. Y los discípulos los daban a la gente. Todos comieron y se saciaron, y se recogieron los pedazos que sobraron: ¡doce canastos llenos! Los que habían comido eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

TIEMPO ORDINARIO
18ª Semana**Jer 30,1-2.12-15.18-22 Mt 14,22-36**

Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que se embarcaran; debían llegar antes que él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Jesús, pues, despidió a la gente, y luego subió al cerro para orar a solas. Cayó la noche, y él seguía allí solo.

La barca en tanto estaba ya muy lejos de tierra, y las olas le pegaban duramente, pues soplabla el viento en contra. Antes del amanecer, Jesús vino hacia ellos caminando sobre el mar. Al verlo caminando sobre el mar, se asustaron y exclamaron: "¡Es un fantasma!" Y por el miedo se pusieron a gritar.

En seguida Jesús les dijo: "Ánimo, no teman, que soy yo." Pedro contestó: "Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti caminando sobre el agua." Jesús le dijo: "Ven." Pedro bajó de la barca y empezó a caminar sobre las aguas en dirección a Jesús. Pero el viento seguía muy fuerte, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: "¡Señor, sálvame!" Al instante Jesús extendió la mano y lo agarró, diciendo: "Hombre de poca fe, ¿por qué has vacilado?" Subieron a la barca y cesó el viento, y los que estaban en la barca se postraron ante él, diciendo: "¡Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios!"

Terminada la travesía, desembarcaron en Genesaret. Los hombres de aquel lugar reconocieron a Jesús y comunicaron la noticia por toda la región, así que le trajeron todos los enfermos. Le rogaban que los dejara tocar al menos el fleco de su manto, y todos los que lo tocaron quedaron totalmente sanos.

La barca de la Iglesia parece que está en una terrible marejada. Las olas nos pasan por encima. Muchos señalan con claridad los signos del desastre. Faltan vocaciones sacerdotales y religiosas. Muchos de los que se dicen cristianos no participan casi nunca en los sacramentos.

Desconocen puntos esenciales de la doctrina. Y, más importante, su vida parece que no se guía en absoluto por criterios evangélicos sino que se dejan llevar por los vientos dominantes de nuestra sociedad. En medio de la tormenta resuena la voz de Jesús:

"¡Ánimo! No tengan miedo". ¿Por qué seguimos dudando? Es tiempo de confiar en que Jesús está con nosotros.

TIEMPO ORDINARIO
18ª Semana

San Juan María Vianney

Jer 31,1-7 Mt 15,21-28

Jesús pensaba que su misión era sólo para los judíos. Pero una mujer, la cananea, le hace descubrir que su misión va más allá de los límites de una raza o de un país. El Reino es para todos porque todos, sin excepción, formamos parte de la familia de Dios Padre. También nosotros tendemos a pensar que los límites y las fronteras marcan la diferencia entre los miembros de nuestro pueblo o de nuestra familia y los otros, que muchas veces son vistos como amenazas a nuestra seguridad. Con Jesús hoy descubrimos que no hay fronteras para el Reino, que todos somos hermanos. Y que más vale que nos comportemos como tales.

Jesús se fue en dirección a las tierras de Tiro y Sidón. Una mujer cananea, que llegaba de ese territorio, empezó a gritar: “¡Señor, hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija está atormentada por un demonio.” Pero Jesús no le contestó ni una palabra. Entonces sus discípulos se acercaron y le dijeron: “Atiéndela, mira cómo grita detrás de nosotros.”

Jesús contestó: “No he sido enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.”

Pero la mujer se acercó a Jesús y, puesta de rodillas, le decía: “¡Señor, ayúdame!” Jesús le dijo: “No se debe echar a los perros el pan de los hijos.” La mujer contestó: “Es verdad, Señor, pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.” Entonces Jesús le dijo: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla tu deseo.” Y en aquel momento quedó sana su hija.

TIEMPO ORDINARIO
18ª Semana**Jer 31,31-34 Mt 16,13-23**

Jesús se fue a la región de Cesarea de Filipo. Estando allí, preguntó a sus discípulos: “Según el parecer de la gente, ¿quién es este Hijo del Hombre?” Respondieron: “Unos dicen que eres Juan el Bautista, otros que eres Elías o Jeremías, o alguno de los profetas.”

Jesús les preguntó: “¿Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?” Pedro contestó: “Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo.” Jesús le replicó: “Feliz eres, Simón Barjona, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos.”

Y ahora yo te digo: Tú eres Pedro (o sea Piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo.”

Entonces Jesús les ordenó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Mesías.

Apartir de ese día, Jesucristo comenzó a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y que las autoridades judías, los sumos sacerdotes y los maestros de la Ley lo iban a hacer sufrir mucho, que incluso debía ser ejecutado y que resucitaría al tercer día.

Pedro lo llevó aparte y se puso a reprenderlo: “¡Dios no lo permita, Señor! Nunca te sucederán tales cosas.” Pero Jesús se volvió y le dijo: “¡Retírate y ponte detrás de mí, Satanás! Quieres hacerme tropezar. Tus ambiciones no son las de Dios, sino las de los hombres.”

Pasan muchas cosas en este evangelio como para comentarlas en unas pocas líneas. Demasiadas para un día. Bastaría con que volviésemos a leer con atención y dejásemos que cada una de las frases nos fuese llegando hasta el corazón. Para reconocer en Pedro no solo al Papa sino a la Iglesia toda capaz de confesar sin miedo su fe, con arrojo evangélico, superando la prudencia humana. Para recibir la confianza de Jesús en la comunidad cristiana que, aun conociendo nuestras debilidades, confirma nuestra misión y no nos retira su confianza.

Esta fiesta se parece a las vacaciones, que son un tiempo fuera de lo normal. Cambiamos de estilo de vida. Nos relacionamos de otra forma con nuestros familiares y amigos. Así recuperamos fuerzas. También fue un tiempo diferente para los discípulos. Subieron a una montaña. Y allí se encontraron con Jesús de otro modo. Descansaron. Recuperaron fuerzas. Pero, tras las vacaciones, viene la vuelta a la vida normal. También los apóstoles bajaron de la montaña y volvieron al duro camino. Hacia Jerusalén. Pero ahora con fuerzas nuevas. Porque se habían encontrado con Jesús. ¡Qué vacaciones!

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y subió a un cerro a orar. Y mientras estaba orando, su cara cambió de aspecto y su ropa se volvió de una blancura fulgurante. Dos hombres, que eran Moisés y Elías, conversaban con él. Se veían en un estado de gloria y hablaban de su partida, que debía cumplirse en Jerusalén.

Un sueño pesado se había apoderado de Pedro y sus compañeros, pero se despertaron de repente y vieron la gloria de Jesús y a los dos hombres que estaban con él. Como éstos estaban para irse, Pedro dijo a Jesús: "Maestro, ¡qué bueno que estemos aquí! Levantemos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías." Pero no sabía lo que decía.

Estaba todavía hablando, cuando se formó una nube que los cubrió con su sombra, y al quedar envueltos en la nube se atemorizaron. Pero de la nube llegó una voz que decía: "Este es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo." Después de oírse estas palabras, Jesús estaba allí solo.

Los discípulos guardaron silencio por aquellos días, y no contaron nada a nadie de lo que habían visto.

En aquel tiempo, se acercó un hombre a Jesús y se arrodilló ante él. Le dijo: "Señor, ten piedad de mi hijo, que es epiléptico y su estado es lastimoso. Amenudo se nos cae al fuego, y otras veces al agua. Lo he llevado a tus discípulos, pero no han podido curarlo."

Jesús respondió: "¡Qué generación tan incrédula y malvada! ¿Hasta cuándo estaré entre ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos? Tráiganmelo acá." En seguida Jesús dio una orden al demonio, que salió, y desde ese momento el niño quedó sano.

Entonces los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron en privado: "¿Por qué nosotros no pudimos echar a ese demonio?" Jesús les dijo: "Porque ustedes tienen poca fe. En verdad les digo: si tuvieran fe, del tamaño de un granito de mostaza, le dirían a este cerro: Qúitate de ahí y ponte más allá, y el cerro obedecería. Nada sería imposible para ustedes."

Si pudiéramos decir a una montaña que se moviera, seguramente se nos ocurriría construir muchas cosas como autopistas y hoteles allí. Pero no es ese el auténtico objetivo de la fe. Quizá sea sólo una comparación que Jesús

nos pone para explicarnos el enorme poder de una persona cuando cree firmemente en sí mismo y en Aquel que es el fundamento de su ser: Dios Padre.

Entregar nuestra confianza a Dios abre posibilidades infinitas ante nosotros. Mucho mejores que la de cambiar las montañas de lugar. Porque lo que Dios nos ofrece es la posibilidad de amar más, de creer más en nuestros hermanos y en nosotros mismos y, en definitiva, la posibilidad de ser felices.

Durante siglos la humanidad se ha sentido dueña y señora de la creación. La hemos utilizado a nuestro antojo. Hemos abusado de ella. Ahora nos estamos encontrando con los resultados. La propuesta de Jesús es diferente. No somos los dueños de la creación. Somos los administradores. Somos los encargados de hacer que esta creación llegue a su plenitud. Somos los encargados de cuidar de ella. Deberíamos usar toda la ternura de que un Padre, el Padre del cielo, es capaz. Nuestro comportamiento hasta ahora no ha sido muy bueno. Merecemos algunos azotes. Esperemos que de ahora en adelante tratemos mejor este mundo que es el nuestro.



Sab 18,6-9

La noche de la liberación había sido anunciada a nuestros padres, para que supieran después valorar tus promesas y depositaran en ellas su confianza. Tu pueblo, pues, aguardaba el momento en que los justos serían salvados y sus enemigos, arruinados; al castigar a nuestros adversarios cubriste de gloria a tus elegidos, es decir, a nosotros mismos. Tus santos hijos, la raza de los buenos, ofrecieron pues en secreto el sacrificio y se comprometieron a observar esa Ley divina: el pueblo seguiría siendo solidario tanto en los éxitos como en los peligros; después de lo cual entonaron los cantos de sus padres.

La fe es aferrarse a lo que se espera, es la certeza de cosas que no se pueden ver. Esto mismo es lo que recordamos en nuestros antepasados. Por la fe Abrahán, llamado por Dios, obedeció el orden de salir para un país que recibiría en herencia, y partió sin saber adónde iba. La fe hizo que se quedara en la tierra prometida, que todavía no era suya. Allí vivió en tiendas de campaña, lo mismo que Isaac y Jacob, a los que beneficiaba la misma promesa. Pues esperaban la ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe pudo tener un hijo a pesar de su avanzada edad y de que Sara era también estéril, pues tuvo confianza en el que se lo prometía. Por eso de este hombre únicamente, ya casi impotente, nacieron descendientes tan numerosos como las estrellas del cielo e innumerables como los granos de arena de las orillas del mar.

Heb 11, 1-2-8-19

Lc 12, 35-40

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Tengan puesta la ropa de trabajo y sus lámparas encendidas. Sean como personas que esperan que su patrón regrese de la boda para abrirle apenas llegue y golpee a la puerta. Felices los sirvientes a los que el patrón encuentre velando a su llegada. Yo les aseguro que él mismo se pondrá el delantal, los hará sentar a la mesa y los servirá uno por uno. Y si es la medianoche o la madrugada cuando llega y los encuentra así, ¡felices esos sirvientes!

Si el dueño de casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón, ustedes entienden que se mantendría despierto y no le dejaría romper el muro. Estén también ustedes preparados, porque el Hijo del Hombre llegará a la hora que menos esperan.”

Sta. Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein)

Ez 1,2-5.24-28 Mt 17,22-27

La cuestión del pago de los impuestos nos trae por el mal camino. En nuestra sociedad, en principio, no se hace diferencia entre hijos y extraños. Los gobiernos de este mundo hacen que todos paguemos por igual. Pero nos queda la sensación de que esa igualdad no es verdad del todo. De que unos pocos se aprovechan mejor del sistema y de sus agujeros que la mayoría. El gesto de Jesús renunciando a su derecho de hijo reafirma su voluntad de establecer una sociedad igualitaria donde todos aportemos según nuestras posibilidades y recibamos lo que necesitemos. Eso es el Reino de Dios, no otra cosa.

Un día, estando Jesús en Galilea con los apóstoles, les dijo: "El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán, pero resucitará al tercer día." Ellos se pusieron muy tristes.

Al volver a Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los que cobran el impuesto para el Templo. Le preguntaron: "El maestro de ustedes, ¿no paga el impuesto?" Pedro respondió: "Claro que sí". Y se fue a casa.

Cuando entraba, se anticipó Jesús y le dijo: "Dame tu parecer, Simón. ¿Quiénes son los que pagan impuestos o tributos a los reyes de la tierra: sus hijos o los que no son de la familia?" Pedro contestó: "Los que no son de la familia." Y Jesús le dijo: "Entonces los hijos no pagan. Sin embargo, para no escandalizar a esta gente, vete a la playa y echa el anzuelo. Al primer pez que pesques ábrele la boca, y hallarás en ella una moneda de plata. Tómala y paga por mí y por ti."

San Lorenzo, mártir

2Cor 9,6-10 Jn 12,24-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "En verdad les digo: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida la destruye; y el que desprecia su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna. El que quiere servirme, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor." Al que me sirve, el Padre le dará un puesto de honor."

San Lorenzo fue el de la parrilla. Pero fue algo más. Fue un diácono de la iglesia de Roma que entregó su vida al servicio de los más pobres. Con su forma de comportarse dejó claro que la verdadera riqueza de la Iglesia son los pobres. La fecundidad de su martirio se tenía que notar en nuestra capacidad para redescubrir aquello por lo que él vivió y murió. Hoy los pobres de este mundo son los marginados, los drogadictos, los inmigrantes... y un largo etcétera. Hacer de ellos el centro de nuestra comunidad es la condición para que vivamos una auténtica vida cristiana. Así mantendremos intacta la memoria de san Lorenzo.

¡Qué difícil es decirle la verdad al hermano! Debemos ser honestos y reconocer que las más de las veces no decimos “la” verdad sino “mi” verdad. Y nos resulta muy fácil identificar “mi” verdad con “la” verdad. Por eso, el evangelio de hoy es uno de los más difíciles de llevar a la práctica. Reprender al hermano supone de alguna manera habernos constituido en su juez y nos es muy difícil ser jueces imparciales. La mayor parte de las veces somos juez y parte porque nos sentimos ofendidos por lo que el hermano hizo o nos hizo. Hace falta mucha humildad para darnos cuenta de que en muchas ocasiones será preferible callar.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Si tu hermano ha pecado, vete a hablar con él a solas para reprochárselo. Si te escucha, has ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo una o dos personas más, de modo que el caso se decida por la palabra de dos o tres testigos. Si se niega a escucharlos, informa a la asamblea. Si tampoco escucha a la iglesia, considéralo como un pagano o un publicano.

Yo les digo: Todo lo que aten en la tierra, lo mantendrá atado el Cielo, y todo lo que desaten en la tierra, lo mantendrá desatado el Cielo.

Asimismo yo les digo: si en la tierra dos de ustedes se ponen de acuerdo para pedir alguna cosa, mi Padre Celestial se lo concederá. Pues donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo, en medio de ellos.”

En aquel tiempo, Pedro se acercó con esta pregunta: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas de mi hermano? ¿Hasta siete veces?” Jesús le contestó: “No te digo siete, sino setenta y siete veces.”

“Aprendan algo sobre el Reino de los Cielos. Un rey había decidido arreglar cuentas con sus empleados, y para empezar, le trajeron a uno que le debía diez mil monedas de oro. Como el hombre no tenía con qué pagar, el rey ordenó que fuera vendido como esclavo, junto con su mujer, sus hijos y todo cuanto poseía, para así recobrar algo. El empleado, pues, se arrojó a los pies del rey, suplicándole: «Dame un poco de tiempo, y yo te lo pagaré todo.» El rey se compadeció y lo dejó libre; más todavía, le perdonó la deuda. Pero apenas salió el empleado de la presencia del rey, se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas. Lo agarró del cuello y casi lo ahogaba, gritándole: «Págame lo que me debes.» El compañero se echó a sus pies y le rogaba: «Dame un poco de tiempo, y yo te lo pagaré todo.» Pero el otro no aceptó, sino que lo mandó a la cárcel hasta que le pagara toda la deuda. Los compañeros, testigos de esta escena, quedaron muy molestos y fueron a contárselo todo a su señor. Entonces el señor lo hizo llamar y le dijo: «Siervo miserable, yo te perdoné toda la deuda cuando me lo suplicaste. ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero como yo tuve compasión de ti?»”

Pedro estaba como esas personas que se pasan la vida preguntando dónde está la frontera que marca el comienzo del pecado. Para quedarse justo allí. Frente a esa actitud, Jesús le pone delante la actitud generosa de Dios. Dios lo perdona todo y sin medida. Hasta una deuda tan increíblemente alta como esos diez mil talentos. Y retrata la actitud de Pedro en el comportamiento miserable del empleado a quien se le ha perdonado tantísimo que no es capaz de perdonar la cantidad mínima que le deben a él. Ante la inmensidad del perdón de Dios, ¿seguiremos preguntándonos hasta dónde tenemos que perdonar?

Hay que salir en defensa del celibato como una vocación cristiana perfectamente aceptable. Los célibes lo son por el Reino de los Cielos. No por egoísmo o por miedo a la relación. El celibato es, como Jesús deja claro, un don que no se les da a todos. Eso no significa que los célibes sean superiores a los demás cristianos. En absoluto. Cada persona tiene su don en la comunidad. Y todos colaboran para el bien de la Iglesia y para que el Evangelio se haga vivo y presente en medio de nuestra sociedad. Lo importante es que cada uno discerna cuál es su vocación y lugar concreto.

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos fariseos y lo pusieron a prueba con esta pregunta: “¿Está permitido a un hombre divorciarse de su mujer por cualquier motivo?”

Jesús respondió: “¿No han leído que el Creador al principio los hizo hombre y mujer y dijo: «El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá con su mujer, y serán los dos una sola carne.» De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.”

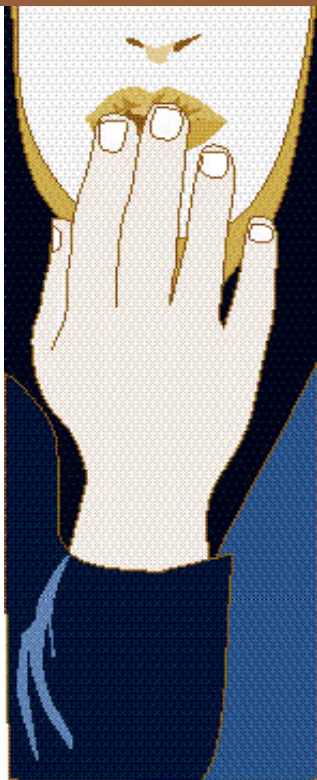
Los fariseos le preguntaron: “Entonces, ¿por qué Moisés ordenó que se firme un certificado en el caso de divorciarse?” Jesús contestó: “Moisés vio lo tercos que eran ustedes, y por eso les permitió despedir a sus mujeres, pero al principio no fue así. Yo les digo: el que se divorcia de su mujer, fuera del caso de unión ilegítima, y se casa con otra, comete adulterio.”

Los discípulos le dijeron: “Si ésta es la condición del hombre que tiene mujer, es mejor no casarse.” Jesús les contestó: “No todos pueden captar lo que acaban de decir, sino aquellos que han recibido este don. Hay hombres que han nacido eunucos. Otros fueron mutilados por los hombres. Hay otros todavía que se hicieron tales por el Reino de los Cielos. ¡Entienda el que pueda!”

El tema de los niños aparece ya antes en el Evangelio de Mateo. Entonces era un ejemplo que Jesús ponía a los discípulos. Ahora son niños reales que le presentan a Jesús para que les imponga las manos. Lo malo del asunto es que los discípulos regañan a los que traen a los niños. Señal de que no habían entendido nada. Lo bueno es que Jesús no se impacienta, quizá porque sabe que los discípulos, los mayores, somos como niños. No se enfada con los discípulos. Simplemente, vuelve a repetir la enseñanza. Con la esperanza de que a la segunda o a la tercera o a la cuarta, el mensaje del Reino entre en nuestras cabezas y en nuestros corazones.

En aquel tiempo, le trajeron a Jesús algunos niños para que les impusiera las manos y rezara por ellos. Pero los discípulos los recibían muy mal. Jesús les dijo: “Dejen a esos niños y no les impidan que vengan a mí: el Reino de los Cielos pertenece a los que son como ellos.” Jesús les impuso las manos y continuó su camino.

La tradición de la devoción mariana en la Iglesia es larga. Generaciones de cristianos han ido haciendo esa historia de amor a María, la doncella de Nazaret que con su “sí” abrió las puertas de la humanidad a Dios. Hombres y mujeres de corazón humilde y sencillo se han reconocido en el “Magnificat” y han cantado llenos de fe al Dios que dispersa a los soberbios de corazón y enaltece a los humildes. Hoy retomamos en nuestras manos, como en una gavilla, esa historia; volvemos a cantar con ilusión el “Magnificat” y dejamos que sus palabras llenen nuestro corazón de confianza y esperanza. Con María, una vez más, decimos que “sí” a Dios.



Cristo resucitó de entre los muertos, siendo el primero y primicia de los que se durmieron. Un hombre trajo la muerte, y un hombre también trae la resurrección de los muertos. Todos mueren por estar incluidos en Adán, y todos también recibirán la vida en Cristo. Pero se respeta el lugar de cada uno: Cristo es primero, y más tarde le tocará a los suyos, cuando Cristo nos visite.

Luego llegará el fin. Cristo entregará a Dios Padre el Reino después de haber desarmado todas las estructuras, autoridades y fuerzas del universo. Está dicho que debe ejercer el poder hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies, y el último de los enemigos sometidos será la muerte.

Ap 11,19;12,1-6-10
1Co 15,20-27

Lc 1,39-56 Por entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: “¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!”

María dijo entonces: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu salta de contento en Dios mi Salvador, porque se fijó en su humilde esclava, y desde ahora todas las generaciones me llamarán feliz. El Poderoso ha hecho grandes cosas por mí: ¡Santo es su Nombre! Muestra su misericordia siglo tras siglo a todos aquellos que viven en su presencia. Ha desplegado la fuerza de su brazo: deshizo a los soberbios y sus planes. Derrubó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su siervo, se acordó de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y a sus descendientes para siempre.”

El que se acercó a Jesús le preguntó qué había que hacer para entrar en la vida eterna. Jesús le respondió: "Si quieres entrar en la vida...", pero luego le propuso: "Si quieres llegar hasta el final...". La vida es un regalo que se nos da pero, de alguna manera, el aprovechar todas sus posibilidades está en nuestras manos. No se trata solo de "entrar" sino de "llegar hasta el final", de llevarla a su plenitud. Cumplir los mandamientos no es suficiente. Podríamos decir que no es nada. La plenitud se encuentra en dejarlo todo y seguir a Jesús. Simplemente porque ese "todo" que dejamos no vale nada frente a lo que podemos encontrar siguiendo a Jesús.

María se quedó unos tres meses con Isabel, y después volvió a su casa.

Un hombre joven se acercó a Jesús y le preguntó: "Maestro, ¿qué es lo bueno que debo hacer para conseguir la vida eterna?" Jesús contestó: "¿Por qué me preguntas sobre lo que es bueno? Uno solo es el Bueno. Pero si quieres entrar en la vida, cumple los mandamientos." El joven dijo: "¿Cuáles?" Jesús respondió: "No matar, no cometer adulterio, no hurtar, no levantar falso testimonio, honrar al padre y a la madre y amar al prójimo como a sí mismo."

El joven le dijo: "Todo esto lo he guardado, ¿qué más me falta?" Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees y reparte el dinero entre los pobres, para que tengas un tesoro en el Cielo. Después ven y sígueme."

Cuando el joven oyó esta respuesta, se marchó triste, porque era un gran terrateniente.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "En verdad les digo: el que es rico entrará muy difícilmente en el Reino de los Cielos. Les aseguro: es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de los cielos."

Los discípulos, al escucharlo, se quedaron asombrados. Dijeron: "Entonces, ¿quién puede salvarse?" Fijando en ellos su mirada, Jesús les dijo: "Para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible."

Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: "Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo para seguirte. ¿Qué recibiremos?" Jesús contestó: "Austedes que me han seguido, yo les digo: Cuando todo comience nuevamente y el Hijo del Hombre se sienta en su trono de gloria, ustedes también se sentarán en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o propiedades por causa de mi Nombre, recibirá cien veces más y tendrá por herencia la vida eterna. Muchos que ahora son primeros serán últimos, y otros que ahora son últimos, serán primeros."

No es fácil interpretar este evangelio. ¿Es que los ricos tienen más difícil la salvación? ¿Se refiere Jesús apenas a una actitud frente a las riquezas? Más allá de las muchas reflexiones o, mejor, divagaciones que podemos hacer, hay algo que queda claro: riquezas o no riquezas, todo debe ser puesto al servicio del Reino, al servicio de esa fraternidad universal que formamos los hijos e hijas de Dios. Ahí es donde encontraremos la verdadera riqueza, más allá de la que se puede comprar en las tiendas o acumular en las cuentas bancarias. No saber eso es haberlo perdido todo y haberse despistado de la puerta del Reino.

Hoy nos cuesta entender esta parábola. No concuerda con lo que pensamos que es justo. El dueño debería haber pagado a cada uno de los empleados según lo que había realmente trabajado. Unos lo habían hecho durante todo el día y otros apenas unas horas. Pero Jesús está hablando del Reino. Y ahí no nos pagan por nuestro trabajo o esfuerzo. El Reino es gracia. Y todos somos acogidos como hermanos o, mejor, como hijos. Participar en el Reino no es un trabajo sino una gracia, una posibilidad de crecer como personas. Los que han tenido la gracia de ser llamados primero no deberían envidiar la suerte de los últimos sino lo contrario.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Aprendan algo del Reino de los Cielos. Un propietario salió de madrugada a contratar trabajadores para su viña. Se puso de acuerdo con ellos para pagarles una moneda de plata al día, y los envió a su viña. (...) Salió otra vez al mediodía, y luego a las tres de la tarde, e hizo lo mismo. Ya era la última hora del día, la undécima, cuando salió otra vez y vio a otros que estaban allí parados. Les preguntó: «¿Por qué se han quedado todo el día sin hacer nada?» Contestaron ellos: «Porque nadie nos ha contratado.» Y les dijo: «Vayan también ustedes a trabajar en mi viña.»

Al anochecer, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: «Llama a los trabajadores y págales su jornal, empezando por los últimos y terminando por los primeros.» Vinieron los que habían ido a trabajar a última hora, y cada uno recibió un denario (una moneda de plata). Cuando llegó el turno a los primeros, pensaron que iban a recibir más, pero también recibieron cada uno un denario. Por eso, mientras se les pagaba, protestaban contra el propietario. Decían: «Estos últimos apenas trabajaron una hora, y los consideras igual que a nosotros, que hemos aguantado el día entero y soportado lo más pesado del calor.» El dueño contestó a uno de ellos: «Amigo, yo no he sido injusto contigo. ¿No acordamos en un denario al día? Toma lo que te corresponde y márchate. Yo quiero dar al último lo mismo que a ti. ¿No tengo derecho a llevar mis cosas de la manera que quiero? ¿O será porque soy generoso y tú envidioso?» Así sucederá: los últimos serán primeros, y los primeros serán últimos.”

Jesús siguió hablándoles por medio de parábolas: «Aprendan algo del Reino de los Cielos. Un rey preparaba las bodas de su hijo, por lo que mandó a sus servidores a llamar a los invitados a la fiesta. Pero éstos no quisieron venir.

De nuevo envió a otros servidores con orden de acudir a los invitados: «He preparado un banquete, ya hice matar terneras y otros animales gordos y todo está a punto. Vengan, pues, a la fiesta de la boda». Pero ellos no hicieron caso, sino que se fueron, unos a sus campos y otros a sus negocios. Los demás tomaron a los servidores del rey, los maltrataron y los mataron.

El rey se enojó y envió a sus tropas, que dieron muerte a aquellos asesinos e incendiaron su ciudad. Después dijo a sus servidores: «El banquete de bodas sigue esperando, pero los que habían sido invitados no eran dignos. Vayan, pues, a las esquinas de las calles e inviten a la fiesta a todos los que encuentren.» Los servidores salieron inmediatamente a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, de modo que la sala se llenó de invitados.

Después entró el rey para conocer a los que estaban sentados a la mesa, y vio un hombre que no se había puesto el traje de fiesta. Le dijo: «Amigo, ¿cómo es que has entrado sin traje de bodas?» El hombre se quedó callado. Entonces el rey dijo a sus servidores: «Átenlo de pies y manos y échelo a las tinieblas de afuera. Allí será el llorar y el rechinar de dientes.» Sepan que muchos son llamados, pero pocos son elegidos.”

Los enviados del rey salen a los caminos e invitan a todos. Como dice expresamente el evangelio, a todos: “malos y buenos”. No hay que pagar la entrada. Simplemente acudir a donde nos espera el mejor de los banquetes imaginables. La única condición es que nos vistamos de fiesta. ¿Es mucho pedir? O, quizá, el problema es que es gratis y que todos, “malos y buenos”, están invitados. Quizá, si la fiesta fuera en un local de moda yuviéramos que pagar mucho por la entrada, cuidaríamos más el vestido. Sin embargo, la fiesta del Reino es mucho mejor y, además, es gratis. Es la fiesta de la fraternidad. La convoca Dios Padre.

El evangelio de hoy nos centra en lo fundamental. En un mundo como el nuestro en el que tantas veces nos perdemos en las apariencias, en la moda, en el qué dirán. En una Iglesia como la nuestra que también se pierde a veces en los detalles litúrgicos o en nimiedades, nos viene bien un evangelio como el de hoy. Jesús no se queda en las ramas. Va a la raíz. Lo fundamental de la ley es amar a Dios y amar al prójimo. Todo lo demás es accesorio. Puede estar muy bien, pero si falta la raíz, se secará y no servirá para nada. Esos dos mandamientos sostienen a todos los demás. No conviene que los cristianos lo olvidemos.

Quando los fariseos supieron que Jesús había hecho callar a los saduceos, se juntaron en torno a él. Uno de ellos, que era maestro de la Ley, trató de ponerlo a prueba con esta pregunta: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la Ley?"

Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el gran mandamiento, el primero. Pero hay otro muy parecido: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la Ley y los Profetas se fundamentan en estos dos mandamientos."

En aquel tiempo, Jesús habló tanto para el pueblo como para sus discípulos:

"Los maestros de la Ley y los fariseos han ocupado el puesto que dejó Moisés. Hagan y cumplan todo lo que ellos dicen, pero no los imiten, porque ellos enseñan y no practican. Preparan pesadas cargas, muy difíciles de llevar, y las echan sobre las espaldas de la gente, pero ellos ni siquiera levantan un dedo para moverlas. Todo lo hacen para ser vistos por los hombres. Miren esas largas citas de la Ley que llevan en la frente y los largos flecos de su manto. Les gusta ocupar los primeros lugares en los banquetes y los asientos reservados en las sinagogas. Les agrada que los saluden en las plazas y que la gente los llame Maestro.

Lo que es ustedes, no se dejen llamar Maestro, porque no tienen más que un Maestro, y todos ustedes son hermanos. No llamen Padre a nadie en la tierra, porque ustedes tienen un solo Padre, el que está en el Cielo. Tampoco se dejen ustedes llamar Guía, porque ustedes no tienen más Guía que Cristo. El más grande entre ustedes se hará el servidor de todos. Porque el que se pone por encima, será humillado, y el que se rebaja, será puesto en alto."

Nos tenemos que tomar de una vez en serio esto que dice Jesús de que no nos debemos dejar llamar ni jefes, ni maestros, ni padres. Porque en el Reino no hay más primero que el que más sirve. Esto es aplicable a la comunidad cristiana pero también a la empresa y a la sociedad civil. Mucho mejor nos iría si los de arriba cambiasen su mente. Yen vez de caer en la tentación fácil de aprovecharse del cargo y de los subordinados para satisfacer sus propios y personales intereses, lo usasen para promover el diálogo y la verdadera democracia, para servir realmente al bien común del grupo, de la empresa, de la sociedad o de la comunidad cristiana.

Dice mi madre que eso de entrar por la puerta estrecha significa ser buena persona. A mí me surgen muchas preguntas: ¿Qué es eso de ser buena persona? ¿Cumplir con lo que socialmente está bien visto? ¿Obedecer las leyes de la Iglesia? Probablemente para ella la cuestión no es tan complicada. Ser bueno, en el sentido más común del término, es estar cercano a los que nos rodean, dar una mano cuando haga falta a los demás, no ser egoísta y compartir con generosidad lo que tenemos. No sé si es una explicación teológicamente muy profunda del Evangelio, pero creo que, si fuésemos buenos como dice mi madre, sería más que suficiente.



Is 66,18-21

Así dice el Señor: "Ahora vengo a reunir a los paganos de todos los pueblos y de todos los idiomas. Y cuando vengan, serán testigos de mi gloria. Yo haré un prodigio en medio de ellos y, luego, mandaré los sobrevivientes hacia todas las naciones: hacia Tarsis, Lud y Put, Meshék, Tubal y Javan, en una palabra, hacia las tierras lejanas de ultramar que no saben de mi fama ni han visto mi gloria. Ellos darán a conocer mi gloria entre las naciones a lo lejos, y de todos los pueblos traerán a todos tus hermanos dispersos (...). YYavé lo afirma: De entre ellos también tomaré sacerdotes y levitas para mí."

Tal vez hayan olvidado la palabra de consuelo que la sabiduría les dirige como a hijos: Hijo, no te pongas triste porque el Señor te corrige, no te desanimas cuando te reprenda; pues el Señor corrige al que ama y castiga al que recibe como hijo. Ustedes sufren, pero es para su bien, y Dios los trata como a hijos: ¿a qué hijo no lo corrige su padre? Ninguna corrección nos alegra en el momento, más bien duele; pero con el tiempo, si nos dejamos instruir, traerá frutos de paz y de santidad.

Heb 12,5-7,11-13

Lc 13,22-30

Jesús iba enseñando por ciudades y pueblos mientras se dirigía a Jerusalén. Alguien le preguntó: "Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvarán?"

Jesús respondió: "Esfuércense por entrar por la puerta angosta, porque yo les digo que muchos tratarán de entrar y no lo lograrán. Si a ustedes les ha tocado estar afuera cuando el dueño de casa se levante y cierre la puerta, entonces se pondrán a golpearla y a gritar: «¡Señor, ábrenos!» Pero les contestará: «No sé de dónde son ustedes.» Entonces comenzarán a decir: «Nosotros hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas.» Pero él les dirá de nuevo: «No sé de dónde son ustedes. ¡Aléjense de mí todos los malhechores!» Habrá llanto y rechinar de dientes cuando vean a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, y ustedes, en cambio, sean echados afuera. Gente del oriente y del poniente, del norte y del sur, vendrán a sentarse a la mesa en el Reino de Dios. ¡Qué sorpresa! Unos que estaban entre los últimos son ahora primeros, mientras que los primeros han pasado a ser últimos."

Jesús no aguantaba la hipocresía de los que usan el lenguaje religioso para justificar sus propios intereses. Esa fue la tentación de los letrados y los fariseos. Esa es la tentación de todos los que tenemos algún cargo de responsabilidad en la Iglesia. No quiero decir que todos los obispos o sacerdotes sean mala gente. En absoluto. Pero sí es cierto que estamos tan acostumbrados a usar el lenguaje religioso que a veces lo usamos para justificar lo que es apenas nuestro propio interés. Tendríamos que ser muy cautos al usar expresiones como “es la voluntad de Dios” o “Dios lo quiere”. Para no caer en esa hipocresía que es la peor de todas.

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: “¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes cierran a la gente el Reino de los Cielos. No entran ustedes, ni dejan entrar a los que querían hacerlo. ¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes recorren mar y tierra para ganar un pagano y, cuando se ha convertido, lo transforman en un hijo del demonio, mucho peor que ustedes. ¡Ay de ustedes, que son guías ciegos!

Ustedes dicen: «Jurar por el Templo no obliga, pero jurar por el tesoro del Templo, sí.» ¡Torpes y ciegos! ¿Qué vale más, el oro mismo o el Templo que hace del oro una cosa sagrada? Ustedes dicen: «Si alguno jura por el altar, no queda obligado; pero si jura por las ofrendas puestas sobre el altar, queda obligado.» ¡Ciegos! ¿Qué vale más, lo que se ofrece sobre el altar o el altar, que hace santa la ofrenda? El que jura por el altar, jura por el altar y por lo que se pone sobre él. El que jura por el Templo, jura por él y por Dios que habita en el Templo. El que jura por el Cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que está sentado en él.”

Felipe se encontró con Natanael y le dijo: “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y también los profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret.”

Natanael le replicó: “¿Puede salir algo bueno de Nazaret?” Felipe le contestó: “Ven y verás.” Cuando Jesús vio venir a Natanael, dijo de él: “Ahí viene un verdadero israelita: éste no sabría engañar.” Natanael le preguntó: “¿Cómo me conoces?” Jesús le respondió: “Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, yo te vi.”

Natanael exclamó: “Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.” Jesús le dijo: “Tú crees porque te dije que te vi bajo la higuera, sin embargo verás cosas mayores que éstas.

En verdad les digo que ustedes verán los cielos abiertos y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre.”

Lo mejor de Bartolomé, o de Natanael, como se lo llama en este evangelio, es que a la invitación de Felipe respondió positivamente.

Felipe le dijo: “Ven y verás”. Natanael no lo veía muy claro, pero fue.

Tenía una actitud abierta. Con aquella actitud siguió a Jesús. Fue un hombre abierto a la novedad que se podía encontrar a lo largo de su vida. Posiblemente, esa es la actitud básica que debemos mantener para crecer no sólo como cristianos sino también como personas.

Que las dudas, objeciones y miedos nunca nos cierren el camino, nunca nos impidan abrirnos a la novedad que Dios nos ofrece continuamente.

Parece que a Jesús no le resulta difícil encontrar comparaciones coloristas para denunciar la hipocresía de los fariseos y escribas, de los que se creen buenos y pretenden tener la llave de la sabiduría, de los que pretenden saber más que los demás y desprecian a los otros. En definitiva, Jesús critica con fuerza inusitada a los que se apoderan del nombre de Dios y lo manipulan, lo usan para sus propios intereses. Ese es el mayor pecado porque el que eso hace termina siendo como sepulcro encalado: externamente aparenta ser muy bueno pero en realidad está podrido por dentro. Es tiempo de mirar a nuestro interior y nuestras más ocultas intenciones.

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: “¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes son como sepulcros bien pintados, que se ven maravillosos, pero que por dentro están llenos de huesos y de toda clase de podredumbre. Ustedes también aparentan como que fueran personas muy correctas, pero en su interior están llenos de falsedad y de maldad. ¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes construyen sepulcros para los profetas y adornan los monumentos de los hombres santos. También dicen: “Si nosotros hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos consentido que mataran a los profetas”. Así ustedes se proclaman hijos de quienes asesinaron a los profetas. ¡Terminen, pues, de hacer lo que sus padres comenzaron!”

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Estén despiertos, porque no saben en qué día vendrá su Señor. Fijense en esto: si un dueño de casa supiera a qué hora de la noche lo va a asaltar un ladrón, seguramente permanecería despierto para impedir el asalto a su casa. Por eso, estén también ustedes preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que menos esperan.

Imagínense un administrador digno de confianza y capaz. Su señor lo ha puesto al frente de su familia, y es él quien les reparte el alimento a su debido tiempo. Afortunado será este servidor si, al venir su señor, lo encuentra cumpliendo su deber. En verdad les digo: su señor lo pondrá al cuidado de todo lo que tiene.

No será así con el servidor malo que piensa: “Mi señor se ha retrasado”, y empieza a maltratar a sus compañeros y a comer y a beber con borrachos. El patrón de ese servidor vendrá en el día que no lo espera y a la hora que menos piensa. Le quitará el puesto y lo mandará con los hipócritas. Allí será el llorar y el rechinar de dientes.”

Sin duda que la humanidad ha hecho cosas maravillosas a lo largo de su historia. Nos podemos sentir solidarios y pensar que lo hemos hecho “nosotros”. Pero entonces también tendríamos que usar ese “nosotros” para todos los desastres que hemos creado. Hemos esclavizado, asesinado y torturado a millones de personas. Hemos destruido una creación que Dios creó bella y hermosa. Pero todavía estamos a tiempo de tomarnos en serio el hecho de que somos los administradores de este mundo. De que cuidar la mesa común de la humanidad y del mundo es nuestro más fundamental deber. De que nos jugamos el futuro.

Cuando de chico leía esta parábola, pensaba que las vírgenes prudentes, además de ser prudentes, eran unas egoístas. Pero casi seguro que eso no era lo que Jesús quería decir. Necias y sensatas, todas querían preparar la fiesta de las bodas con el esposo. Pero unas habían ido a la buena de Dios y las otras se habían preocupado de los preparativos. Conclusión: que algunas de ellas, las necias, se terminaron quedando afuera de la fiesta. Para nosotros: es tiempo de empezar a preparar activamente la fiesta del Reino, el día en que la humanidad entre en el banquete donde todos, como hermanos y hermanas, nos encontremos con Dios.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Escuchen, pues, lo que pasará entonces en el Reino de los Cielos. Diez jóvenes salieron con sus lámparas al encuentro del novio. Cinco de ellas eran descuidadas y las otras cinco precavidas.

Las descuidadas tomaron sus lámparas como estaban, sin llevar más aceite consigo. Las precavidas, en cambio, junto con las lámparas, llevaron sus botellas de aceite. Como el novio se demoraba en llegar, se adormecieron todas y al fin se quedaron dormidas.

A medianoche se oyó un grito: «¡Viene el novio, salgan a su encuentro!» Todas las jóvenes se despertaron y prepararon sus lámparas. Entonces las descuidadas dijeron a las precavidas: «Denos un poco de su aceite, porque nuestras lámparas se están apagando.» Las precavidas dijeron: «No habría bastante para ustedes y para nosotras; vayan mejor a donde lo venden, y compren para ustedes.»

Mientras fueron a comprar el aceite llegó el novio; las que estaban listas entraron con él a la fiesta de las bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron las otras jóvenes y llamaron: «Señor, Señor, ábrenos.» Pero él respondió: «En verdad se lo digo: no las conozco.»

Por tanto, estén despiertos, porque no saben el día ni la hora.”

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Escuchen también esto. Un hombre estaba a punto de partir a tierras lejanas, y reunió a sus servidores para confiarles todas sus pertenencias. Al primero le dio cinco talentos de oro, a otro le dio dos, y al tercero solamente uno, a cada cual según su capacidad. Después se marchó.

El que recibió cinco talentos negoció en seguida con el dinero y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo otro tanto, y ganó otros dos. Pero el que recibió uno cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su patrón.

Después de mucho tiempo vino el señor de esos servidores y les pidió cuentas. El que había recibido cinco talentos le presentó otros cinco más (...) El patrón le contestó: «Muy bien, servidor bueno y honrado; ya que has sido fiel en lo poco, yo te voy a confiar mucho más. Ven a compartir la alegría de tu patrón.»

(...) Por último vino el que había recibido un solo talento y dijo: «Señor, yo sabía que eres un hombre exigente, que cosechas donde no has sembrado y recoges donde no has invertido. Por eso yo tuve miedo y escondí en la tierra tu dinero. Aquí tienes lo que es tuyo.»

Pero su patrón le contestó: «¡Servidor malo y perezoso! Si sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he invertido, debías haber colocado mi dinero en el banco. Ami regreso yo lo habría recuperado con los intereses. Quítenle, pues, el talento y entréguenselo al que tiene diez. Porque al que produce se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no produce se le quitará hasta lo que tiene. Ya ese servidor inútil, échelo a la oscuridad de afuera: allí será el llorar y el rechinar de dientes.»”

Jesús no explica la mayoría de las parábolas. Las cuenta y deja al oyente que piense lo que quiera. Pues de ésta de hoy se me ocurre pensar que ese señor, el dueño del campo, era un tirano. Si le había dado a cada uno de sus empleados según su capacidad, ¿por qué se enoja cuando el que había recibido un solo talento se lo devuelve sin intereses? ¿No sabía el señor que aquel empleado no daba más de sí? ¿No era esa la razón por la que le había dado un solo talento? Quizá la enseñanza de la parábola es que debemos tener mucho cuidado de no pedir a las personas según lo que a nosotros nos gustaría que dieran sino según su capacidad.

¿Te invitan a una fiesta? Anda si tienes ganas, y lo vas a pasar bien; pero no vayas para “salir en la foto”. ¿Quieres dar una fiesta? Invita a tus amigos y disfruta de ella. Pero no invites a los que son importantes para que vean que tienes una casa bonita y que tú también eres importante. Será una fiesta muy aburrida. Lo de la fiesta no es más que un ejemplo. La llamada de Jesús es a vivir de una forma auténtica, siendo lo que somos y olvidándonos de las imágenes sociales, de las máscaras artificiales con que nos cubrimos para disimular frente a los otros y, lo que es peor, frente a nosotros mismos, lo que realmente somos.



Ecll 3,17-18.20.29 Hijo mío, actúa con tacto en todo, y serás amado por los amigos de Dios. Mientras más grande seas, más debes humillarte; así obtendrás la benevolencia del Señor. Porque si hay alguien realmente poderoso, ése es el Señor, y los humildes son los que lo honran. No hay remedio para la miseria del orgulloso: el mal ha echado raíces en él. El hombre sabio medita las máximas en su corazón; todo lo que el sabio desea es hallar a alguien que lo escuche.

Recuerden su iniciación. No hubo aquel fuego físico que ardía junto a la nube oscura y la tempestad, con el sonido de trompetas y una voz tan potente que los hijos de Israel suplicaron que no se les hablara más. Ustedes, en cambio, se han acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial con sus innumerables ángeles, a la asamblea en fiesta de los primeros ciudadanos del cielo; a Dios, juez universal, al que rodean los espíritus de los justos que ya alcanzaron su perfección; a Jesús, el mediador de la nueva alianza.

Lc 14,1.7-14 Un sábado Jesús fue a comer a la casa de uno de los fariseos más importantes, y ellos lo observaban. Jesús notó que los invitados trataban de ocupar los puestos de honor, por lo que les dio esta lección: “Cuando alguien te invite a un banquete de bodas, no escojas el mejor lugar. Puede ocurrir que haya sido invitado otro más importante que tú, y el que los invitó a los dos venga y te diga: «Deja tu lugar a esta persona.» Y con gran vergüenza tendrás que ir a ocupar el último lugar.

Al contrario, cuando te inviten, ponte en el último lugar y así, cuando llegue el que te invitó, te dirá: «Amigo, ven más arriba.» Esto será un gran honor para ti ante los demás invitados. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.”

Jesús dijo también al que lo había invitado: “Cuando des un almuerzo o una comida, no invites a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos, porque ellos a su vez te invitarán a ti y así quedarás compensado. Cuando des un banquete, invita más bien a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. ¡Qué suerte para ti si ellos no pueden compensarte! Pues tu recompensa la recibirás en la resurrección de los justos.”

Lucas sintetizó en esta lectura, de un modo simbólico, la vida toda de Jesús: su vocación como Mesías liberador, el rechazo de su pueblo, el intento de terminar con su vida. De algún modo, hasta se presenta también la resurrección en esa forma magnífica de terminar el relato:

“...Jesús pasó por medio de ellos y continuó su camino.” Lo más sorprendente: el rechazo de su misma gente. Los suyos no lo quisieron. Un aviso para todos nosotros: que no nos dejemos cegar por los prejuicios porque, a veces, muchas veces, nos impiden descubrir la presencia de Dios cerca de nosotros en los hermanos, en la naturaleza, en la vida. Como les pasó a los de Nazaret...

Llegó Jesús a Nazaret, donde se había criado, y el sábado fue a la sinagoga, como era su costumbre. Se puso de pie para hacer la lectura, y le pasaron el libro del profeta Isaías. Jesús desenrolló el libro y encontró el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar buenas noticias a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para poner en libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor.

Jesús entonces enrolló el libro, lo devolvió al ayudante y se sentó, mientras todos los presentes tenían los ojos fijos en él. Y empezó a decirles: “Hoy les llegan noticias de cómo se cumplen estas palabras proféticas.”

Todos lo aprobaban y se quedaban maravillados, mientras esta proclamación de la gracia de Dios salía de sus labios. Y decían: “¡Pensar que es el hijo de José!” Jesús les dijo: “Seguramente ustedes me van a recordar el dicho: Médico, cúrate a ti mismo. Realiza también aquí, en tu patria, lo que nos cuentan que hiciste en Cafarnaúm.” Y Jesús añadió: “Ningún profeta es bien recibido en su patria. En verdad les digo que había muchas viudas en Israel en tiempos de Elías, cuando el cielo retuvo la lluvia durante tres años y medio y un gran hambre asoló a todo el país. Sin embargo Elías no fue enviado a ninguna de ellas, sino a una mujer de Sarepta, en tierras de Sidón (...).” Todos en la sinagoga se indignaron al escuchar estas palabras; se levantaron y lo empujaron fuera del pueblo, llevándolo hacia un barranco del cerro sobre el que está construido el pueblo, con intención de arrojarlo desde allí. Pero Jesús pasó por medio de ellos y siguió su camino.

Jesús bajó a Cafarnaúm, pueblo de Galilea. Enseñaba a la gente en las reuniones de los sábados, y su enseñanza hacía gran impacto sobre la gente, porque hablaba con autoridad.

Se hallaba en la sinagoga un hombre endemoniado, y empezó a gritar: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres: Tú eres el Santo de Dios.” Jesús amenazó al demonio, ordenándole: “Cállate y sal de ese hombre.” El demonio lo arrojó al suelo, pero luego salió de él sin hacerle daño alguno.

La gente quedó aterrada y se decían unos a otros: “¿Qué significa esto? ¿Con qué autoridad y poder manda a los demonios? ¡Ymiren cómo se van!” Con esto la fama de Jesús se propagaba por todos los alrededores.

La autoridad de Jesús es una de las cosas que más subrayan los evangelios. La autoridad con que habla, con que manda a los malos espíritus, con que cura y libera. No estamos acostumbrados a la verdadera autoridad. Alo

que nos tiene acostumbrados esta sociedad es al poder, que es algo bien diferente. La autoridad de Jesús no brota de ningún poder. No tiene dinero, no tiene apoyos sociales, no tiene información secreta. Simplemente vive de

una forma auténtica y eso se transparenta en sus palabras y en su modo de comportarse.

Habla de lo que vive y experimenta día a día. Y no tiene miedo de

asumir las consecuencias. Y así nos invita a seguirlo.